

PLEGARIA A MARIA

(A don Antonio Gómez Restrepo)

Madre : oriénta mis pasos por el mar de la vida
Al inmortal alcázar de la eterna ventura,
Mitíga las angustias de esta alma dolorida
Y apárta con tus manos mi cáliz de amargura.

El bálsamo precioso que cura toda herida
Derrama tú en mi pecho con maternal ternura,
Por que la Fe ilumine mi juventud florida
Y no hingue en ella el vicio su tosca fauce impura.

Dios te eligió por Madre, y al bajar a tu seno
Como ánfora gloriosa tu cuerpo quedó lleno
De gracia, de dulzura, de divinal belleza ;

¡ Oh reina ! Por el Mártir sublime del Calvario
Haz que arome mi espíritu de tu amor el santuario
Como azucena mística la flor de la pureza !

ANÍBAL MONTROYA CANAL

Julio 16 de 1912.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR
MANUEL J. RAMÍREZ BELTRÁN AL SER RECIBIDO MIEMBRO
DE LA ACADEMIA CARO

Señor Presidente, señores académicos :

Altísimo honor es para mí, señores, el venir a formar parte de esta lucida asociación, donde vibran robustos cerebros y latén corazones hidalgos.

Indigno soy de tan elevada distinción, bien lo comprendo, pero ya que en esta ocasión me ha acariciado la fortuna con vuestro llamamiento a ser miembro a ella, acepto

gustoso tan inmerecida elección, porque honores tan señalados no deben declinarse, y al mismo tiempo que acepto me permito presentar los agradecimientos debidos a tan notoria deferencia.

Bien está que el último de los hijos del Colegio del Rosario venga a tomar parte en comunión íntima de la Academia Caro, nacida a los nobilísimos esfuerzos de un grupo de jóvenes, distinguidos discípulos de los hijos de Loyola, de aquella falange que constituye la vanguardia de la Iglesia y que ha resistido victoriosamente los temporales de los tiempos modernos, de aquel jardín que ha producido y aún produce las mejores floraciones de virtud y sabiduría. Y bien está, os repito, que los hijos del Rosario formen al lado de los discípulos de San Bartolomé, como en ocasión memorable dijo el doctor Carrasquilla, el amigo, el maestro y el padre de sus propios discípulos.

Cristóbal de Torres o Ignacio de Loyola no solamente son dos figuras eminentísimas, dos remos poderosísimos de la barca de Pedro, sino que también son dos faros luminosos puestos por la Divina Providencia en el escollo de la vida para alejarnos del desastre y del naufragio. Sus esfuerzos se han perpetuado a través de los tiempos en esos dos baluartes de las sanas ideas, que tan gallardamente han actuado en las diversas manifestaciones de nuestra vida nacional y que se llaman el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y el Colegio de San Bartolomé.

Loado sea aquel que supo suscitar un Atanasio de Alejandría, un Gregorio VII, una Teresa de Jesús, y tres pontífices como los que han lucido las dos últimas centurias, un Ignacio de Loyola, un Lobo Guerrero y un Fray Cristóbal de Torres.

Bendito sea aquel que prendió en nosotros la facultad del recuerdo, que hizo germinar en nuestros cerebros el jardín de la memoria, y me permito llamar así a esta potencia de nuestro espíritu en este caso, porque cuando se habla del Colegio el corazón no encuentra sino flores. Con

infinito cariño recuerdo aquellas horas blancas, pasadas al amparo de los claustros vetustos y venerandos que recuerdan al alumno y al historiógrafo tantos días de gloria y tantas grandezas merecidas, como a su turno lo hacen los claustros hidalgos a que tenéis el honor y la fortuna de pertenecer; aún vibra en mis oídos, como la nota rítmica de una orquesta lejana, la voz del viejo bronce del Colegio; aún siento los pasos de mis compañeros de estudio por los amplios corredores, y aún oigo sus conversaciones cuando alegres departían sobre Caldas, Cabal, Camilo Torres, Ricaurte, Girardot, etc., como en los vuestros se recuerdan los ilustres repúblicos Caro, Arboleda, Holguín, etc., y aún llena mi alma todavía la voz serena y grave, a la par que paternal y dulce, del maestro querido, ya cuando regaba en nuestros cerebros los gérmenes de la ciencia bajo las aulas, o ya cuando, sentados en los bancos de la capilla y delante de la Bordadita, escuchábamos las sanas enseñanzas, con las cuales procuraba cimentar los santos principios, cuyas semillas regaron nuestros padres cariñosos cuando vibraba en las campanas el alegre repique del alba de la vida, tarea en la cual el maestro logró para los que entonces pasábamos por allí por designio de la Divina Providencia el éxito feliz, pues sus discípulos, si nó todos una inmensa mayoría, ostentamos el sentimiento puro del cristiano y la fe sencilla a la vez que cimentada del hijo de los campos.

También surge en mi memoria, con frescura dulce y tierna, el más grato de los recuerdos del Colegio, las fiestas de mayo y de octubre, en las que rinde el amor sus festejos a la Bordadita, a las Reina y Patrona de nuestros amadísimos claustros.

En mayo, cuando al despuntar el alba, el viento que pasará la noche en los pinares de las selvas, despereza sus alas y rasga las neblinas que envuelven las montañas; cuando las auras juguetonas, llenas del frescor de la mañana, roban las esencias que la noche echó en el cáliz de las flores, entre el ritmo de la orquesta que forman el murmu-

rio de las fuentes y el trinar de las aves, vibra en los espacios el dulcísimo nombre de María.

En este mes también nos llegábamos a los pies de nuestra adorable Bordadita a contarle nuestras cuitas ocultas y nuestras íntimas tristezas, y a beber la miel de la sonrisa de sus labios, de aquella Bordadita que nos acompaña y guía nuestros pasos a los que nos hemos alejado materialmente de los claustros y que llevamos su recuerdo dulcísimo, como el más sagrado, como el más feliz y risueño de los recuerdos. Es evidente que después de retirado de los claustros donde se ha cimentado ese amor hacia la Reina esplendorosa de los cielos, se quisiera volver allí a sus pies en comunidad solemne y precedidos de la figura veneranda del maestro.

¡ Oh mes de mayo, querido, cuando íbamos a los pies de la sonriente Bordadita, cuántas emociones llenaban nuestras almas, cuántos anhelos colmaban nuestros corazones juveniles; no morirá jamás en mí tu recuerdo, resistirá los embates de la vida, como la roca milenaria resiste a la ira tormentosa de las olas. Tú no morirás para mí, has echado hondas raíces en mi alma, esas raíces se han transformado en árbol, y ese árbol ya floreció. Tú no morirás para mí y, en cambio, cuando yo muera, cuando la parca hospitalaria corte el último hilo de mi existencia, tú harás florecer las yedras, las gramas y las siemprevivas de mi helado sepulcro, para acompañarme de esa manera hasta la tumba; tú harás florecer el rosal que la cubra y pondrás en cada corola carmines especiales y en cada cáliz esencias exquisitas.

Pero las fiestas de la Virgen no terminan con el mes de mayo, se renuevan, no sin menos entusiasmo, en el mes de octubre, en este mes consagrado a su nombre, en este mes que bendijera Domingo de Guzmán, tornábamos, henchida el alma de infinitas alegrías, a rendirle el más solemne y más humilde de los cultos.

Fresco en mi memoria vive el día en que una triste campanada daba la señal de salida, en ese día en que nos preparábamos a partir al regazo del hogar, donde la madre adorada esperaba ansiosa la llegada del hijo, era, pues, la hora de la despedida, el maestro, con un abrazo fraterno, nos daba el último adiós, acompañado de afectuosos consejos, semejantes a los de la madre a su hijo al tiempo de partir; si ésta nos decía las palabras de un poeta español: *que escribas, hijo*, el maestro, recuerdo muy bien, “adiós, hijo, que no os olvidéis de la Bordadita, que ella os acompañe.” Partíamos, pues, a sentir nuevamente el calor del hogar, la dulce, sincera y tibiacaricia de la madre querida.

Hé aquí un somero recuento de mis dulces recuerdos que en el alma llevo grabados de mis años de colegio, como, sin duda, los tendréis vosotros de aquellos claustros gloriosos, de aquellos claustros que cuentan su existencia por centurias, de aquellos claustros que, como el mío, ha sido considerado como la cuna de la República, de aquellos claustros de donde han salido hombres conspicuos que han figurado y aún figuran como astros luminosos en el amplio cielo de la patria, unos ayer y otros hoy, de aquellos claustros donde vosotros habéis bebido las sabias enseñanzas de los mejores apóstoles de la juventud, sí, de donde habéis salido vosotros los iniciadores del Congreso Eucarístico Nacional, por fortuna para nosotros, también algunos rosaristas participámos de idea tan grandiosa, y ya que os hablo de esta festividad, os invito a que con fervor pidamos a la Reina de los Angeles, derrame sus bendiciones sobre todos, a fin de que las labores del Congreso Eucarístico Nacional, de ese brote sublime de civilización cristiana, redunden en bien de la Iglesia y de la patria.

He dicho.

